

Ciencia, comunicación y traducción a lo largo de la historia

Vicent Montalt i Resurrecció*

Vickery, B. C.: *Scientific Communication in History*. Lanham: The Scarecrow Press, 2000; 253 págs. ISBN 0-8108-3598-3. Precio aproximado: 25 euros.

Introducción

La ciencia es una actividad social en movimiento incesante, y la comunicación es un factor inherente a la actividad científica. El estado actual de la ciencia sólo resulta explicable como resultado de la acumulación y transmisión del saber a lo largo de muchos siglos.

Esta acumulación y esta transmisión del conocimiento han sido posibles, en distintos contextos culturales, políticos y socioeconómicos, gracias a las diversas formas de comunicación (entre las que destaca la traducción) y a las sucesivas tecnologías de la palabra, desde la escritura cuneiforme en tablillas de arcilla hasta el lenguaje hipertextual de Internet.

A su vez, gracias al avance del conocimiento científico-técnico, se han perfeccionado las tecnologías de la comunicación y de la información, lo que ha propiciado importantes cambios sociales y culturales.

Esta relación entre ciencia y comunicación en la historia es el tema del libro *Scientific Communication in History*, de Brian C. Vickery, catedrático emérito de Biblioteconomía y Documentación del University College London, químico y experto en sistemas de información científica.

Estructura y contenidos

El libro se estructura en las siguientes partes: un prefacio, en el que el autor esboza su hipótesis y justifica la perspectiva que adopta mediante unas cuantas citas muy bien escogidas; un ensayo introductorio sobre historia de la ciencia; ocho capítulos, que conforman el grueso de la obra; siete apéndices breves;

una bibliografía, que refleja el carácter interdisciplinario del libro, y un índice final, cuyo objeto es facilitar un tipo de lectura más selectiva.

Desde un punto de vista funcional, se trata de una estructura típica, organizada en torno a tres propósitos: 1) decir lo que se va a decir: el prefacio; 2) decirlo: los siete primeros capítulos; 3) decir lo que se ha dicho: el capítulo octavo, titulado «Retrospect and Reflections». La estructura refleja, pues, la intención claramente pedagógica del autor.

Los siete primeros capítulos están organizados cronológicamente y cubren un periodo histórico de unos cinco milenios. Ya en el primer párrafo del prefacio, el autor define la ciencia y la tecnología como actividades sociales de carácter acumulativo y sitúa al lector en su dimensión histórica y cultural.

Los protagonistas de la historia de la comunicación científica que propone Vickery a lo largo del libro no son propiamente los científicos, sino los traductores, los educadores, los promotores de instituciones dedicadas al conocimiento, los impresores, los editores, los compiladores, los bibliógrafos, los amanuenses, los bibliotecarios, los terminólogos, los documentalistas y una larga serie de oficios más o menos invisibles (o quizá «invisibilizados») dedicados, desde la antigua Mesopotamia hasta la actualidad, a almacenar y difundir el saber.

En cuanto a la actividad traductora, el libro de Vickery señala que, en distintos momentos de la historia, ha sido ejercida por monjes, estudiosos, peregrinos, exploradores, viajeros, soldados, escribas, poetas, impresores, médicos, filósofos, teólogos, diplomáticos e incluso monarcas.

El primer capítulo ofrece un recorrido por el vasto periodo que se extiende desde el florecimiento de las primeras civilizaciones urbanas de la antigua Mesopotamia, Egipto, Persia y Fenicia hasta unos seiscientos años antes de Cristo. En esta primera etapa, el autor subraya la importancia de las inscripciones en tablillas de arcilla como medio de comunicación de saberes técnicos (fórmulas químicas, tablas de multiplicar, efemérides astronómicas, recetas médicas, etc.) en las ciudades mesopotámicas.

El segundo capítulo cubre el periodo de la cultura grecolatina clásica, aproximadamente entre el 600 a. C. y el 500 d. C. El autor hace especial hincapié en el establecimiento de los alfabetos, la consecuente democratización de la escritura y la importancia de las instituciones dedicadas a la educación (la Academia platónica y el Liceo aristotélico). Subraya asimismo Vickery la

* Universidad Jaime I. Castellón de la Plana (España).
Dirección para correspondencia: montalt@trad.uji.es.

importancia de las grandes bibliotecas de Alejandría y Pérgamo, no sólo por el hecho de alojar y preservar el saber acumulado durante siglos, sino también porque constituyeron centros de reunión de estudiosos de diversas procedencias donde se intercambiaban ideas y se estimulaba el avance del conocimiento.

El tercer capítulo, mucho más extenso que los dos anteriores, está dedicado a la Edad Media (500-1450), y es el que más interés tiene desde el punto de vista de la historia de la traducción científica. En este periodo los traductores vierten el saber griego a la lengua árabe, en primer lugar; después, al latín, y finalmente, a las lenguas vernáculas.

Se trata, pues, del capítulo que mejor muestra la función desempeñada por los traductores en la historia de la ciencia, no sólo como meros transmisores de textos de una lengua a otra, sino como movilizados y verdaderos protagonistas del avance del conocimiento.

La Casa de la Sabiduría de Bagdad, el monasterio de Monte Cassino o la Escuela de Traductores de Toledo aparecen como ejemplos de centros en los que se traducía y, gracias a la traducción, se podía enseñar, aprender, reflexionar, investigar, descubrir, divulgar y, en definitiva, impulsar el saber científico.

De hecho, el autor advierte ya en el primer párrafo del tercer capítulo que es históricamente inadmisibles pensar que este periodo se caracteriza únicamente por la transmisión del inmenso patrimonio cultural heredado de los clásicos, dada la riqueza de las aportaciones al saber científico de los autores medievales. En este sentido, a menudo resulta complejo trazar las líneas que separan la traducción, la adaptación, el comentario y las contribuciones originales.

Antes de pasar al siguiente capítulo, Vickery se detiene en la invención de la imprenta, que supuso un impulso de incalculables consecuencias no sólo para el desarrollo de la ciencia, sino también para la expansión de la traducción como actividad comunicativa.

El cuarto capítulo, titulado «The Scientific Revolution», cubre un periodo mucho más breve que los tres anteriores: desde 1450 a 1700. El Renacimiento, caracterizado por la sed de conocimientos, absorbe y supera el legado griego y árabe.

La mentalidad de los traductores cambia de acuerdo con la mentalidad de la época: el redescubrimiento de las fuentes grecolatinas provoca en muchas ocasiones el rechazo las traducciones medievales por corruptas y arabizadas, e impone la necesidad de volver a traducir las obras de los clásicos con criterios de fidelidad y pureza.

En este capítulo, el autor presta especial atención a la aparición de las primeras academias científicas y de las primeras publicaciones periódicas como formas de comunicación especializada. El desarrollo de las bibliotecas en este periodo también contribuyó notablemente al avance del saber.

Llegamos así al siglo XVIII con una ciencia realmente revolucionada por los grandes científicos del siglo anterior, que continúa su expansión y alienta los inicios de la Revolución Industrial.

La publicación de las grandes enciclopedias, la fundación de nuevas academias y sociedades científicas, la creación de museos de historia natural o el crecimiento de las publicaciones periódicas especializadas son factores que muestran la vitalidad científica del siglo XVIII. Dedicamos el autor especial atención a la sistematización de las terminologías y nomenclaturas de la botánica y de la química, así como a los efectos que dicha sistematización tuvo en el desarrollo de la ciencia y de la comunicación.

El siglo XIX es el tema del sexto capítulo. El desarrollo industrial y la estrecha relación entre ciencia e industria son las características dominantes de esta centuria. Si hasta prácticamente los inicios del siglo XVIII los mecenas de la ciencia habían sido duques, príncipes y monarcas, a partir de finales del siglo XVIII y principios de XIX los Estados cobran especial relevancia en la financiación e impulso de la actividad científica, sobre todo en Francia, Alemania y Gran Bretaña.

El creciente volumen de información científica plantea nuevos problemas bibliográficos que dan lugar a la aparición de numerosas publicaciones de resúmenes anuales de las distintas disciplinas científicas.

En el séptimo capítulo llegamos al siglo XX, caracterizado por los siguientes rasgos: la expansión de la industrialización; el desarrollo científico al servicio de las aplicaciones tecnológicas; el crecimiento exponencial y la especialización de la información, y la aparición de revolucionarias tecnologías de la comunicación.

En este capítulo el autor proporciona datos sobre el volumen del comercio mundial y el crecimiento de las grandes empresas, que se convierten para muchos científicos en lugar de trabajo y en mecenas de la investigación.

La internacionalización de la ciencia, la diversidad lingüística en la comunicación científica y el desarrollo de las publicaciones científicas y de los centros de documentación, así como el acceso a océanos de información, son algunos de los temas que ocupan la parte central del capítulo, cuya última parte está dedicada a

los estudios sobre la comunicación científica y técnica, disciplina académica que surge como respuesta a la importancia que cobran los procesos de comunicación especializada.

En el octavo capítulo, el autor se dedica a resumir la ya sintética exposición llevada a cabo en los siete anteriores, que acabamos de bosquejar.

Finalmente, Vickery nos proporciona siete útiles apéndices sobre cuestiones de diversa índole, desde la aparición de las principales universidades a partir del siglo IX (apéndice A) hasta el desarrollo de Internet (apéndice G).

Valoración

En mi opinión, el principal mérito del libro es haber conjugado una serie de datos y reflexiones procedentes de diversas disciplinas y fuentes con el fin de proporcionarnos un recorrido histórico a vista de pájaro de un fenómeno de tanto interés para los traductores de textos especializados como es la comunicación de la ciencia.

El autor ha sabido elegir y tejer información de épocas, civilizaciones, tradiciones culturales y ubicaciones geográficas muy dispares, lo que demuestra su rico bagaje cultural y amplitud de perspectivas.

La aportación del libro hay que entenderla, pues, en términos divulgativos, ya que no se trata de una investigación original, sino de una inteligente recopilación de carácter transversal e interdisciplinario que consigue iluminar un ámbito tan desconocido como heterogéneo del desarrollo del conocimiento científico.

Cuando la comunicación trasciende las fronteras de las lenguas y de las culturas (y este es el caso en muchos momentos de la historia de la humanidad, como deja entrever el libro de Vickery), entonces entra en juego la traducción. En consecuencia, el binomio ciencia-comunicación, que constituye el eje central del libro, se convierte en el triángulo que sirve de título a esta reseña: ciencia-comunicación-traducción.

Este triángulo es una herramienta imprescindible tanto para el estudio de la traducción científica como para su práctica profesional. Por una parte, el traductor que investiga la traducción científica no puede abordar su objeto de estudio de manera aislada y descontextualizada, dada su naturaleza interdisciplinaria y múltiple: el proceso de traducción es simultáneamente una actividad cognitiva, una operación textual y un acto de comunicación (Hurtado, 2001).

Por otra parte, el traductor competente traduce bien cuando conoce no sólo los idiomas de trabajo y el

contenido científico del texto, sino también la dimensión comunicativa de la traducción.

Es en este triángulo donde creo que radica el interés del libro de Vickery para los traductores y traductólogos, ya que nos permite situar la traducción científica en el marco más general de la comunicación científica.

Así pues, aunque Vickery en ningún momento se ubique en la perspectiva del traductor, su libro está inevitablemente lleno de referencias explícitas e implícitas a los traductores y la traducción como motores del conocimiento (digo inevitablemente porque resultaría imposible explicar el pasado, presente y futuro de la comunicación científica al margen de la traducción).

Como he indicado anteriormente, las numerosas referencias a los traductores se concentran sobre todo en el tercer capítulo (Edad Media). No obstante, hubiera sido deseable encontrar más referencias a la traducción en otros momentos de la historia de la comunicación científica en los que ha sido igualmente relevante.

A pesar de las abundantes referencias a la actividad traductora a lo largo del libro (he contabilizado más de 40), resulta sorprendente que el autor no incluya la palabra traducción, ya no en el título del libro, sino en el índice de contenidos inicial ni en el índice final. Curiosamente, tampoco incluye en las referencias bibliográficas ninguno de los pocos trabajos sobre historia de la traducción con los que cuenta la traductología, como, por ejemplo, los de Fischbach (1993), Deslile y Woodsworth (1995), Beer (1997) o Gutiérrez Rodilla (1998).

Es decir, que en cierto sentido se percibe, en algunas partes de libro, la invisibilidad a la que han estado sometidos la traducción y los traductores en muchos momentos de la historia.

En cualquier caso, el hecho de que un estudioso de la historia de la comunicación científica aluda a la labor de los traductores en tantas ocasiones demuestra que la traducción representa, en efecto, un factor indispensable para entender el desarrollo del conocimiento científico.

Asimismo, entender la traducción de textos científicos en todas sus vertientes pasa por entender la comunicación del conocimiento científico, tanto en su dimensión sincrónica como en la diacrónica.

Inevitablemente, el libro de Vickery contribuye a un mejor entendimiento del modo en que se imbrica la traducción en los procesos de comunicación de la ciencia a lo largo de la historia, elemento indispensable para entender el presente y el futuro de nuestra profesión.

En definitiva, la obra reseñada abre una sugerente

ventana a la dimensión histórica de la traducción y parece señalar una prometedora vía de investigación futura: la traducción desde la perspectiva de la comunicación científica y la función que ha desempeñado en distintos momentos de la historia como fuerza movilizadora del avance del conocimiento.

Bibliografía

1. BEER, J. (ed.) (1997): Translation Theory and Practice in the Middle Ages. Kalamazoo, Western Michigan University.
2. DESLILE, J., y WOODSWORTH J. (eds.) (1995): Translators through

History. Filadelfia, John Benjamins, UNESCO.

3. FISCHBACH, H. (1993): «Translation, the Great Pollinator of Science: A Brief Flashback on Medical Translation», en WRIGHT y WRIGHT (1993).
4. GUTIÉRREZ RODILLA, B. M. (1998): La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico. Barcelona, Península.
5. HURTADO, A. (2001): Traducción y Traductología. Madrid, Cátedra.
6. WRIGHT, S. E., y WRIGHT L. D. (eds.) (1993): Scientific and Technical Translation. Amsterdam, John Benjamins.

¿Alto y bajo cabe con contra...?

Xosé Castro Roig
Madrid (España)

Casi siempre que hablamos sobre los extranjerismos, nos referimos a tal o cual palabra, pero hay otros muchos más sutiles; en ocasiones no se trata tanto de vocablos como de percepciones, de la manera de concebir las distancias, las dimensiones y, por ende, de expresarlas en cada idioma.

Algo que me llamó mucho la atención en mis primeras visitas a los Estados Unidos es que la gente de aquel país estaba muchísimo más acostumbrada que los españoles a referirse a los puntos cardinales cuando quería orientarse, por ejemplo, en una ciudad. En España, cuando damos indicaciones, es más habitual hablar de «arriba», «abajo», «hacia allí», «hacia allá», «al principio» y «al final»; pero en los Estados Unidos me parecía como si todos sus ciudadanos supieran en todo momento dónde estaba el Norte. La explicación es sencilla: la construcción de las ciudades estadounidenses ha partido casi siempre de un estructura cuadrangular de calles y avenidas en la que casi siempre aquellas están orientadas de este a oeste, y estas, de norte a sur. Muchas de sus calles cambian de nombre en función de su ubicación respecto a un punto central prefijado (North 32nd Avenue, West Palm Road).

Esa misma sorpresa sentían mis amigos estadounidenses cuando venían a Europa y veían que las calles comenzaban a numerarse por el extremo más próximo al edificio del ayuntamiento y se percataban de que yo no sabía a ciencia cierta dónde caía el Norte en casi ningún momento (claro que esto ya puede tratarse de una limitación personal). «Entonces, ¿cada vez que viajáis tenéis que averiguar dónde está el ayuntamiento para no dar muchas vueltas buscando el número 325 de una calle?», me preguntaban con cierta sorna.

En fin, creo que mi digresión introductoria ha quedado demasiado extensa porque de lo que yo quería hablarles -al hilo de las percepciones- es de que muchas cuestiones que nosotros meduramos en términos de *grande y pequeño/chico*, los angloparlantes las conciben como *alto y bajo*. Presten atención a estas expresiones: *alto nivel, alto rendimiento, alta/baja resolución, alta velocidad...* Son expresiones casi invariables que empleamos a menudo y que, no casualmente, en inglés se dirían así: *high level, high performance, high/low resolution, high speed*.

Y ahora, intenten olvidar por un momento que las conocen y reparen en cómo describirían esos conceptos dentro de una conversación normal; seguramente hablarían en estos términos: *es un deportista con mucho nivel; hemos sacado un gran rendimiento a esta máquina; si da poca resolución, auméntala; íbamos por la autopista a gran velocidad*.

En resumidas cuentas: ¿es incorrecto hablar de *alto y bajo* en estos contextos? Pues no, pero recordemos que también existen las expresiones *gran nivel, gran rendimiento, mucha/poca resolución, gran velocidad...*; y repetiré lo que tantas veces se ha dicho en los artículos y en las aulas: cuando un idioma extranjero simplifica nuestro vocabulario ofreciéndonos una expresión comodín que reemplaza otras propias de nuestro idioma (como cuando decimos *estándar* para significar *normal, típico, patrón, habitual, modelo, norma*, etcétera), no estamos ganando nada sino perdiendo. Perdiendo vocabulario y recursos.

En el idioma, como en el juego, predispongámonos para ganar. Lo fácil es perder..., y se puede hacer en cualquier momento.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes <<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>